

**Doblemente Chillida**

9 Marzo 2024

Una buena forma de celebrar el centenario de Chillida se encuentra en la calle Consell de Cent, entre Rambla Catalunya y Paseo de Gracia. Dos manos esculpidas en bronce nos reciben en la galería Jordi Barnadas. En el interior, pinturas del estudio de un artista frente a la costa de San Sebastián. Nadie mejor que su hijo, también Eduardo Chillida (Belzunce), podría sumergirnos de nuevo en la espiritualidad artística del escultor, que este año cumpliría cien años. Tras saludar esas manos entrelazadas y adentrarme en la galería, espero la llegada de Eduardo, quien hace tiempo en un banco entre el humo de un cigarro.

Podría resultar evidente imaginar una carga pesada para el benjamín de una familia de artistas, con un padre de la magnitud del suyo, pero esta suposición no puede estar más lejos de la verdad. Mientras paseamos por la galería, Eduardo (o Wako, como le llaman) me habla de su padre con una ternura maravillosa. Recuerda una anécdota de su infancia, cuando Chillida le lanzó un trozo de barro al jardín familiar. Con apenas cuatro años, Wako moldeó el material hasta esculpir la figura de su madre. Chillida padre colocó con orgullo esa ópera prima en un pequeño santuario en el salón de casa. El mismísimo Miró admiraría más tarde la belleza de esa «esculturita».

Chillida nunca quiso amaestrar a su hijo. Disfrutaba observándolo mientras creaba y siempre confió en que sabría trazar una trayectoria propia: le «salía el arte de las tripas», decía.

El camino de Wako se vio entorpecido -pero no detenido- por dos accidentes de tráfico, uno de los cuales le dejó parcialmente paralizado. Eduardo tuvo que aprender de nuevo a caminar, hablar y, por supuesto, pintar y esculpir, esta vez con la mano izquierda. Poco a poco, consiguió dominar la pintura de nuevo, pero pasaron

varios años hasta que se reencontrara con la escultura. Esas piezas de bronce son hoy narradoras de una vida que ha sabido transformar las adversidades en arte.

Para Wako, «la escultura es más de verdad»; los cuerpos toman forma, existen y se ven tal cual son. «La pintura es otra cosa», dice, y con ella es más fácil esconder la verdad. Eduardo intenta que sus cuadros sean lo más reales posibles. Para ello, «la luz es la que con sus sombras se hace mi verdadera maestra», dice. Un fondo de acuarela sobre el lienzo espera al dibujo, y más tarde, la pintura blanca llega para empaparlo todo de la luz del norte vasco. Esa pintura blanca es la verdad; lo que da la profundidad a sus habitaciones infinitas, siempre acompañadas del mar Cantábrico.

El inconsciente grita en las pinturas de Wako. El pintor mezcla elementos existentes con otros que ya no están. Sus recuerdos bajan a lo tangible en forma de muebles; una mesa que continúa allá, una silla que se fue, una ventana que sigue habitando esa misma pared, pero cobra ahora una forma distinta.

Eduardo hijo y Eduardo padre se admiraban. «Ahí va mi hijo, camino de la gloria», solía decir Chillida. Un día, frente a la frustración de Wako ante un cuadro; su padre se acercó y le dijo: «Yo no entiendo casi nada, pero el azul, el amarillo y el viento, lo comparto». No faltaron palabras para que el pintor se enfrentara al lienzo de nuevo, con fuerza.

Padre e hijo compartieron una complicidad maravillosa, de la que Eduardo habla con ternura y un amor que parece tan tierno como incorrupto.

Reconozco en las manos del artista las mismas en bronce que me recibieron en la entrada de la galería. «Al fin y al cabo, son las que más conozco», me dice. Imparable, tierno y talentoso, el legado Chillida sigue vivo a través de su hijo para nosotros poder disfrutarlo; de su misma sangre, pero con otros tonos y escalas y una sensibilidad que desborda.

Ines Pich-Aguilera